

Jauretche frente a la Civilización y la Barbarie: alcances y límites de su apuesta por una 'cultura nacional'.

Martín Forniciti.

Cita:

Martín Forniciti (2011). *Jauretche frente a la Civilización y la Barbarie: alcances y límites de su apuesta por una 'cultura nacional'*. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/761>

JAURETCHE
FRENTE A LA CIVILIZACION Y LA BARBARIE
Alcances y límites de su apuesta
por una “cultura nacional-popular”

Martín Sebastián Forciniti (GEL)

Arturo Jauretche ha sido uno de los pensadores de mirada más penetrante a la hora de radiografiar los andamiajes del imaginario argentino. Y también a la hora de minarlos, valiéndose del filo, contrafilo y punta de la palabra, que dejó una marca en cuanto medio impreso tuvo a su disposición. Su preocupación principal fue la de combatir la *pedagogía colonialista*, que definió como un sistema de *zonceras*, canonizadas – a través de la escuela, la universidad y los medios masivos de comunicación - como verdades irrefutables y puntos de partida ineludibles para pensar la Argentina. Ante ellas, Jauretche propuso la adopción de una nueva perspectiva para juzgar las cosas pasadas, presentes y futuras del país, anclada en el *buen sentido* del pueblo y siempre con miras a favorecer el interés nacional. En lo que sigue, pretendo evaluar los alcances y límites de su propuesta, procurando desentrañar qué significa lo “nacionalpopular” para Jauretche, y qué es lo que queda excluido en tal significación; para determinar esto último, abrevaré en los planteos rectores del *pensamiento descolonial*. Este trabajo pretende ser un aporte para repensar algunas nociones, como la de “pueblo”, que se asumen sin demasiada problematización en la tradición del pensamiento crítico argentino, gesto que se reitera en el discurso político de nuestra Argentina actual.

El país desde la perspectiva de los azonzados

Si bien las *zonceras* que estructuran la colonización pedagógica ya habían sido identificadas en obras previas, Jauretche las sistematiza finalmente en su clásico *Manual de zonceras argentinas*, publicado en 1968. Allí detecta que todas ellas se derivan y dependen de una sola, la cual es llamada consecuentemente “zoncera madre”; a saber, *civilización y barbarie*, una dicotomía enunciada por Sarmiento “... en las primeras páginas de *Facundo*, pero que ya tenía vigencia antes del bautismo que la reconoció como suya” (Jauretche 2002b: 23). Esta *zoncera* habría estructurado el pensamiento y la acción de la tradición unitaria y todos sus supuestos próceres (Rivadavia, Sarmiento y Mitre), cuya posición triunfó en la proyección y construcción de la Nación Argentina. Todos ellos concebían que su misión política consistía en propiciar el triunfo de la civilización por sobre la barbarie. Ahora bien, ¿qué consideraban que era “la civilización”? En primer lugar, lo europeo; como contrapartida, el rótulo de “barbarie” correspondió a todo lo americano, es decir, a la población nativa, criolla, gaucha. A su vez, dado que la dicotomía civilización y barbarie identifica absolutamente “civilización” con “cultura”, lo que es llamado “barbarie” no posee el estatus de ser *otra cultura*, diferente a la europea, sino que es concebido como totalmente *carente de cultura*. Sobre la base de estas asociaciones, el proyecto de país de los unitarios, ejecutado a partir de los triunfos en las batallas de Caseros y Pavón, fue el de implantar *la*

cultura en un medio caracterizado por la ausencia de cultura; en otras palabras, fabricar Europa en América. Y dado que lo a-cultural no puede ser culturizado, este proyecto requirió la aniquilación de la masa poblacional bárbara y su sustitución por otra, civilizada. Éstos fueron los dos objetivos que se pretendió alcanzar desde la segunda mitad del siglo XIX, mediante la guerra de policía mitrista y las políticas propiciatorias de la inmigración europea, respectivamente.

A pesar de todo, Jauretche sostiene que este proyecto - “abstracto” en tanto desestimaba e incluso negaba la realidad - fracasó sociológicamente, en especial en torno a la cuestión inmigratoria, dado que los inmigrantes se *agaucharon* (2002b: 85-86, 100), es decir, fueron fagocitados por ese sustrato cultural que los paladines de la civilización habían considerado inexistente. Pues, afirma el autor, la cultura no es el alfabeto, sino “...el producto de la vida en determinado medio geográfico e histórico” (2002b: 101). De esta manera, los inmigrantes, para poder vivir, se vieron obligados a adaptarse al medio, ya que de poco les servían los patrones culturales que habían desarrollado en otra localidad geohistórica.

Este mismo “país real”, representado por las masas nacionales y populares, fue el que se volvió visible en el siglo XX - tímidamente durante el yrigoyenismo, pero rotundamente con el peronismo - para una *intelligentzia* que había hecho de su negación una profesión sistemática. Aún así, las fórmulas que se acuñaron intelectual y mediáticamente para dar cuenta de estos hechos, tales como “aluvión zoológico” o “libros y alpargatas”, testimoniaron que la matriz de pensamiento colonial, presidida por la zoncera “civilización y barbarie”, estaba lejos de haber perimido, y continuaba vigente en el discurso hegemónico de la Argentina. Es por esto que Jauretche decidió tomar la biocultura nacional y popular como fundamento para construir un paradigma de pensamiento alternativo.

Hacia un nuevo paradigma: la pedagogía nacional

Según Gustavo Cangiano, en su obra *El pensamiento vivo de Arturo Jauretche*, el sistema de zonceras que constituye la pedagogía colonial, resulta pensable a partir de el concepto de “paradigma”, desarrollado por Thomas Kuhn, el cual “... supone (...), por un lado, la aceptación de ciertos fundamentos teóricos explicativos (...) y de un sistema de valores y creencias (metodologías, supuestos metafísicos, etc.) y, por otro lado, reconocer la intervención de instancias de legitimación del conocimiento (la comunidad científica, los autores consagrados, los aparatos ideológicos) (...) La particularidad del paradigma es que, en tanto marco conceptual muy general, produce efectos teóricos, políticos, metodológicos e ideológicos, al tiempo que él mismo se invisibiliza...” (Cangiano 2003: 32,33). Es decir que, así como Kuhn utilizaba el término paradigma para dar cuenta de la estructura que sostenía la producción de conocimiento de las ciencias naturales, Cangiano la retoma para explicar la manera en que las zonceras alimentan ocultamente las concepciones históricas, económicas, sociales y políticas de los argentinos. En ese sentido, agrega que “Jauretche, haciendo visible lo que permanecía invisible, desnudó

la naturaleza de ese paradigma – la pedagogía colonial –, mostró la dependencia respecto de él de las diferentes corrientes político–ideológicas y trazó los puntos nodales de un paradigma alternativo – la pedagogía nacional – para, a partir de allí, descender al terreno del debate político ideológico” (2003: 69).

Si el paradigma de la pedagogía colonial, con el objetivo de asegurar la denigración de lo autóctono y el sometimiento al interés foráneo, funciona a partir de la dicotomía civilización–barbarie, el nuevo paradigma de la pedagogía nacional propone una nueva dicotomía, opuesta a la anterior: la de *lo nacional frente a lo colonial*. Estos dos paradigmas respetan las definiciones de Kuhn dado que resultan *inconmensurables* entre sí; es decir que se trata de dos perspectivas alternativas y divergentes, cada una con sus propios fundamentos teóricos, valores, creencias y efectos políticos, por lo que proporcionan dos visiones completamente diferentes de la realidad¹. En ese sentido, no puede alegarse que la propuesta de Jauretche adopta la misma lógica que la pedagogía colonialista pero invirtiendo sus términos, o sea valorando positivamente a la barbarie y negativamente a la civilización. Por el contrario, la misma dicotomía fundacional del paradigma colonial se ve redefinida, y así, desde el punto de vista del paradigma nacional, ya no habrá que optar entre la cultura y la no-cultura, sino entre diversas culturas, una nacional y otra colonial y extranjerizante.

Lo mismo le ocurre a todas las oposiciones presentadas por el paradigma colonial, al caer bajo la luz del paradigma nacional: resultan desenmascaradas como falsas dicotomías, y se ven sustituidas por otras más verdaderas y útiles para los proyectos de liberación nacional. Tal es el caso de la izquierda y la derecha, ya que: “... la oligarquía y su oposición democrática o marxista disienten en cuanto a la ideología a aplicar, pero coinciden totalmente en cuanto al mesianismo: civilizar (...) Entonces se unifican contra la barbarie, que es como llaman al mundo concreto donde quieren aplicar las ideologías” (Jauretche 2002b: 26). Se hace patente que ambas ideologías pertenecen al paradigma colonial y que constituyen falsas opciones, ya que no son contrapuestas, como pretenden presentarse, sino que apenas difieren en algunos matices; en el fondo, implican el mismo tipo de proyecto político, el de civilizar, que no es otro que el de extranjerizar o someter al país al colonialismo. En consecuencia, puede afirmar Jauretche que: “ser nacional o no serlo, ésa es la cuestión y no izquierda o derecha” (Jauretche 2010a: 123). En el mismo sentido, la posición neutral sostenida por la Argentina durante la primera guerra mundial y la mayor parte de la segunda es para Jauretche digna del paradigma nacional: “... durante la última gran guerra la unanimidad de las fuerzas políticas de derecha y de izquierda fue belicista (...) Los reducidos grupos políticos que expresábamos la posición neutralista, éramos nada más

¹ Sin embargo, el paradigma nacional parecería ser más abarcador que el colonial, ya posee un lenguaje para referirse a él, es decir, puede reducirlo a su armazón conceptual; por el contrario, el paradigma colonial no podría referirse, por ejemplo, al fenómeno del imperialismo colonial, detectado por el paradigma nacional, ya que directamente niega su existencia; en otras palabras, la única manera que tiene de incorporarlo a su perspectiva es como inexistente, imaginado, falso, etc., es decir, en negativo, tal como le ocurría con la cultura popular.

que formas incipientes de un pensamiento nacional...” (Jauretche 1976: 30). Esta posición aparece plasmada en un volante de F.O.R.J.A., del año 1939: “...ante la crisis de Europa, conflicto de imperialismos organizados los unos bajo apariencias demoliberales y los otros bajo rótulos totalitarios (...) la neutralidad, como auténtica conducción argentina ante la guerra europea, debe inspirarse en el pensamiento y la política de Yrigoyen...” (1976: 113,114). El paradigma nacional, en primer lugar, revela la falsedad de la opción entre estar a favor del fascismo o a favor de los aliados, desenmascarando que bajo esos rótulos se hallan dos tipos de imperialismo; en segundo lugar, establece que a la Argentina le corresponde una “tercera posición”, la del neutralismo. Como último ejemplo cabe mencionar uno de sus artículos publicados en el diario *Democracia*, en 1962, refiriéndose a la política económica de Álvaro Alsogaray: “... con esa fraseología contribuye a confundir una cosa concreta como es la economía nacional y la división internacional del trabajo y subordinación a economías extranjeras, con esa teoría que el debate entre dirigismo y libre empresa. Pongamos las cosas en claro: Se trata de una cuestión entre *economía nacional* y *economía colonial*” (Jauretche 2010b: 11). Nuevamente, frente al ocultamiento efectuado por el paradigma colonial mediante planteos teórico-abstractos, el paradigma nacional revela la realidad de las relaciones de subordinación y dependencia, y favorece así una acción liberadora en favor de los intereses nacionales.

¿En qué consiste exactamente el carácter concreto del paradigma nacional, frente al teórico, abstracto e ideológico del paradigma colonial? En que las ideas que sostiene se enraízan en la biocultura nacional y popular, oponiéndose a la importación de nociones acuñadas en otras realidades nacionales; en ese sentido los forjistas pretendían: “... poner en primer término nuestro interés nacional y popular, - es decir, llevar al plano de la inteligencia política el modo común de ver las cosas por los hombres del pueblo, que sin el bagaje del colonialismo mental acostumbraban a pensar sus problemas en el orden de la naturaleza...” (Jauretche 1976: 66,67). Se trataba en suma del viejo apotegma de adaptar el sombrero a la cabeza, y no al revés. Ahora bien, considero importante inquirir qué está pensando Jauretche cuando habla del “pueblo”, ese sustrato humano que la pedagogía colonial identifica como “barbarie”. Creo que, en virtud lo dicho, no resultará sorpresivo que mi respuesta a esta cuestión sea: “el gaucho”. Jauretche, en la tradición de Sarmiento y Martínez Estrada (aunque con una valoración inversa) asume que el auténtico pueblo americano es el mestizo, resultado de mezcla entre españoles e indígenas. Es el gauchaje, ese elemento poblacional que se intentó eliminar después de Pavón, la base humana sobre la que debe cimentarse cualquier tentativa de desarrollo nacional. A esta concepción se debe el recaudo jauretcheano ante las inmigraciones: “De la capacidad cultural y condiciones de vida de nuestras masas humanas dependerá que las que vengan sean absorbidas o nos desfiguren definitivamente haciéndonos perder todo carácter nacional (...) el único instrumento eficaz de nacionalización será el hombre de nuestra multitud” (Jauretche 2010a: 195). Y reafirmando el mencionado agauchamiento de los inmigrantes de fines del siglo XIX, sentencia: “Agradecemos a ese Dios Criollo que nos ayudó, con la superabundancia del espacio vacío, que permitió la influencia de los factores telúricos, con el predominio de la inmigración del mediodía de Europa, más

fácilmente asimilable, por hábitos y por religión, y con la reaparición oportuna de la política democrática que nos salvó de ser un campamento de colonias extranjeras. Ahora, la única posibilidad de asimilación está en la capacidad del descendiente de los inmigrantes, y del “cabecita negra”, para imponer su sello a las nuevas migraciones” (2010a: 200).

La identificación de “pueblo” con “gaucho” o “mestizo” no implica que para ser argentino haya que andar a caballo arreando vacas; Jauretche no niega el aprendizaje de nuevas técnicas y el desarrollo de nuevos modos de vida. Pero resalta que estas incorporaciones deben hacerse siempre tomando como molde el pueblo propio. En ese sentido, en la zoncera titulada “La inferioridad del nativo”, Jauretche explica: “Por encima del gaucho se ha conformado una sociedad comercialista y capitalista; el gringo proviene de ella y conoce perfectamente la transacción y el valor acumulativo del dinero. El gaucho ignora hasta la propiedad de la tierra (...) Lógicamente, mostrador por delante, el gringo lo vence siempre y lo vencerá en todo lo que se vincule con sus aptitudes para la sociedad capitalista. ¿Puede, de aquí, deducirse una inferioridad? Sí, para determinado tipo de sociedad; pero puede ser superioridad para otro. Pero aun dentro de la sociedad capitalista su inferioridad no es congénita ni determinada por el medio geográfico, sino por la realidad de su formación económica y social” (Jauretche 2002b: 104). Así, con la adecuada formación, el gaucho se volverá apto para la nueva sociedad que se construye a su alrededor: “Sólo la ejercitación en la nueva técnica podrá decir quién es inferior y eso se verá mucho más adelante cuando la vida arroje al gaucho a la necesidad del trabajo agrícola (...) Entonces el croto, el criollo, peón de aradas y cosechas aprenderá y reemplazará al gringo linyera o golondrina en el trabajo estacional de la agricultura. Y también se hará chacarero. Más tarde será el “cabecita negra” y entrará al conocimiento de las altas técnicas de la mecánica, la electricidad, la construcción, la siderurgia, etc.” (2002b: 103). Es de la conjunción entre el gaucho y el gringo, pero con predominio del primero, que se ha generado el tipo humano nacional y popular, luego de atravesar una serie de etapas caracterizadas cada una por una labor predominante (ganadería, agricultura, industria). A partir de su migración del campo a la ciudad, esta masa humana ha cobrado protagonismo histórico con el peronismo, y constituye la base del nuevo paradigma nacional jauretcheano, así como del proyecto político-cultural que de él se deriva.

El proyecto desarrollista-occidentalizador

Dijimos que el nuevo paradigma promueve un modo nacional de ver las cosas, y que éste es a su vez un modo popular de verlas; por último, que “pueblo” es igualado a lo “nativo”, “criollo” o “gaucho”², y que sólo sobre esta base humana puede delinearse una política verdaderamente nacional-popular. ¿Qué tipo de proyecto nacional promueve Jauretche y cuáles son los límites de su propuesta? En respuesta al primer interrogante, considero que se trata de un

² En infinidad de pasajes se puede percibir que el autor intercambia estos términos sin mayores preocupaciones, lo que demuestra que los considera sinónimos. Cfr. Jauretche 2010a: 27, 51, 103, 105-106, 149, etc.

desarrollismo, que apunta a alcanzar una occidentalización completa; en cuanto al segundo, sostengo que los sujetos culturales denominados como “indios” resultan excluidos, tanto de la noción de pueblo tal como fue formulada, como del proyecto nacional postulado. Veamos ambas ideas, íntimamente relacionadas.

Es necesario dejar en claro en primer lugar que el desarrollismo que profesa Jauretche es de tipo antiimperialista, en perfecta coherencia con su posición anticolonial. Al referirse a las dos etapas del imperialismo británico en relación al desarrollo argentino, aclara: “Inglaterra actuará a favor de nuestro desarrollo y nuestra prosperidad mientras ésta marche en el sentido de acelerar el desarrollo agrícola-ganadero. Se hará antiprogresista desde que el aumento de la población, y el mejoramiento del nivel de vida creen la necesidad de diversificar la producción y los mercados exteriores, y un mercado interno competidor de la exportación” (Jauretche 2010a: 94); “Lejos de importar máquinas de producción, el capitalismo europeo en expansión nos enviaba productos de consumo. No venía a contribuir a nuestro desarrollo capitalista sino a frenarlo” (2010a: 98). Jauretche identifica dos etapas sucesivas del desarrollo capitalista (paralelas a las modificaciones del carácter poblacional ya comentadas): la agrícola-ganadera y la industrial, ésta última no completada en nuestro país. Ahora bien, el autor no ve más allá de este capitalismo industrial, sino que confía, en sintonía con la época, en la capacidad del mismo para brindar bienestar a todo el pueblo. Claro que para arribar finalmente a esa etapa, es necesario cortar los lazos de dependencia económica, desde ambas localizaciones geopolíticas, la de los dominados o subdesarrollados y la de los dominadores o desarrollados. Los países dominados deben dejar de hacer una política apéndice y efectuar una verdadera política nacional. Por su parte, a los dominadores, específicamente a los Estados Unidos, les cabe un papel peculiar en este proceso: “Lo curioso es que el aferramiento de los Estados Unidos a la concepción geopolítica tradicional en Europa, y que coincide con la idea europea del mundo (un mundo de países dominantes y dominados), no se corresponde al tipo de economía norteamericana, cuyo desarrollo está ligado a un mundo en permanente expansión (...) Es en la ampliación de los mercados por la participación de los pueblos subdesarrollados en el modo de vivir occidental, donde está el secreto de esa economía en expansión, y en ella el de la Guerra Fría, y la posibilidad occidental de impedir que las naciones oprimidas se vuelquen a la esfera soviética, pues sólo son instrumentos eficaces en la defensa de un orden en la medida que participan del mismo con todas sus ventajas” (2010a: 179). Según esta idea, el capitalismo no sería intrínsecamente explotador de los pueblos de los países coloniales o semicoloniales, sino que tal característica sería propia del eurocentrismo; sería factible entonces que existiese un capitalismo sin dominadores ni dominados. Afirmar lo contrario sería, según Jauretche “...aceptar la validez definitiva de una afirmación comunista: que esta prosperidad social del capitalismo se basa en los beneficios de la explotación del mundo colonial y un prorrato entre las masas de los países imperialistas, de las plusvalías del aprovechamiento de los países proletarios. Esa afirmación es válida en cuanto al tipo de colonialismo mantenido por Europa, pero no lo es para los norteamericanos...” (2010a: 170-171). Entonces, la solución consiste en “... la cesación del mundo imperial por la consolidación de las naciones subdesarrolladas...” y “... la incorporación del

mundo colonial a lo que se llama Occidente como tal, es decir, como potencia, lo cual es la negación del actual modo operativo” (2010a: 180). Sin lugar a dudas, si este proyecto de occidentalización surge a partir del paradigma nacional, entonces armoniza con el interés popular: “... es evidente si nos referimos a nuestro país, que éste está más cerca de la forma de vivir occidental cuando al elevarse su industria se eleva el poder de sus masas...” (2010a: 171). En suma, como pueblo, no seríamos totalmente occidentales, pero solamente porque no disfrutamos de los beneficios completos de ese modo de vida; cuando lo hagamos, seremos sus fieles defensores, frente al peligro de caer en la esfera soviética. Así, la distancia que separa al americano argentino del occidental es meramente una distancia económica, medida en términos de acceso de las masas a una serie de beneficios materiales y sociales.

Creo que este desarrollismo occidentalizador pone de manifiesto una serie de ideas subyacentes al análisis jauretcheano que considero difíciles de sostener; me limitaré a enunciarlas para futuras discusiones, antes de abordar el último tema de este trabajo: 1) el capitalismo como sistema económico y el eurocentrismo como perspectiva ideológica de subalternización y dominación del otro resultan separables; 2) el capitalismo puede funcionar sin articularse en centros y periferias, ya sean inter-nacionales o intra-nacionales; 3) la Unión Soviética representa un “modo de vivir oriental”; 4) América, y en especial la Argentina, es perfectamente occidentalizable mediante el desarrollo económico; 5) el “modo de vivir occidental” podría desarrollarse sin recurrir a la dicotomía civilización-barbarie.

Pasemos por alto todas estas dudosas afirmaciones, y asumamos que “el pueblo” efectivamente desea acceder al “modo de vivir occidental” más que al “oriental-soviético”... ¿qué hacer con aquellos habitantes del país quienes, ante la dicotomía occidente-oriente, prefieren no optar por la asimilación a ninguno de los dos términos, y no debido a un oscuro afán auto-colonialista, sino por el interés de sostener su diferencia cultural? Me refiero, por ejemplo, a los llamados “indios”. Lamentablemente, dado que la definición jauretcheana de pueblo no los toma en cuenta como parte del mismo, el paradigma nacional no permite abordar este problema, ni siquiera visibilizarlo.

El no-lugar del indio en el pueblo argentino

Repasemos pues, brevemente, el lugar que el “indio” ocupa en las reflexiones de Jauretche. Su autobiografía es bastante explícita al respecto; luego de citar un pasaje del libro *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio V. Mansilla, dice: “Tomándole la palabra a Mansilla, treinta leguas era el ancho de la frontera; en ella cohabitaban el pasado y el futuro, el inmigrante y el indio y entre los dos el gaucho...” (Jauretche 2002a: 28). El indio es el pasado, el gaucho el presente y el inmigrante el futuro. Esta ubicación de las culturas y las poblaciones en una línea temporal unidireccional es muy propia del desarrollismo, pues cada etapa implica un avance en el desarrollo con respecto a la etapa anterior. Implica también una “negación de la contemporaneidad”, ya que postula que pueblos simultáneos en el espacio son sin embargo sucesivos

en el tiempo³; el indio no sería así un contemporáneo del gaucho y del gringo, con quienes comerciaba habitualmente, sino su pasado. Por último, instaura también una “diferencia colonial/temporal”⁴, dado que es el colonizador quien se postula a sí mismo como más adelantado en el tiempo, mientras que relega al colonizado al lugar del más atrasado.

Según dijimos, para que el desarrollo posea un verdadero carácter nacional (en lugar del rol extranjerizante que quisieron asignarle los unitarios) fue necesario que el inmigrante (el futuro) ejerza su acción desarrollista siendo asimilado por la cultura del gaucho (el presente). ¿Por qué no ha propuesto Jauretche que inmigrante y gaucho concurren al desarrollo nacional tomando como base la cultura preexistente del indio? Claramente porque el desarrollo proyectado implica una occidentalización, y el proyecto de occidentalizar la Argentina y América ha encontrado en el indio, desde siempre, ciertas diferencias culturales irreductibles, que se han resuelto generalmente mediante su exterminio y su exclusión de las decisiones concernientes a los destinos del país. Y si bien Jauretche no puede ser acusado de ser un apologista del genocidio indígena, sus comentarios al respecto resultan profundamente ambiguos. Su libro *Ejército y política* se haya articulado por una serie de dicotomías que forman parte, sin lugar a dudas, del mencionado paradigma pedagógico nacional: las oposiciones *patria grande-patria chica*, *política nacional-política de facción o ideológica*, y *ejército nacional-ejército de facción o policial*. De acuerdo con estos conceptos, tras la derrota del mitrismo, Roca y su “campana del desierto” representan la reaparición de un ejército nacional al servicio de una verdadera política nacional. En el apartado “Política nacional de las fronteras”, leemos: “La primera tarea que realiza el ejército nacional es la conquista del desierto (...) la extensión vuelve a formar parte de la Política Nacional que se irá complementando hacia el norte, con los expedicionarios del desierto que en Chaco y Formosa consolidan (...) Roca expresa la posición firme de lo nacional y la decisión del Ejército Nacional de no aceptar más retaceos a la República. Oigamos a Roca: “Ya que lo quieren así, sellaremos con el sable de una vez para siempre, esa nacionalidad argentina que tiene que formarse como las pirámides de Egipto y el poder de los Imperios, a costa de la sangre y el sudor de muchas generaciones...” (Jauretche 2010a: 99,100). Valiéndose sin reparos del más que polémico término “desierto” para referirse a áreas pobladas por culturas que se negaban a ser asimiladas, Jauretche considera la campana de Roca como fortalecedora de la Política Nacional, la cual, afirma “... sólo se integrará por la presencia del pueblo en el Estado” (2010a: 100). Recapitulemos. La política nacional es aquella que tiende a la identificación del estado-nación con el pueblo; esta identificación ocurre al final de un camino de desarrollo paralelo de ambos elementos: en el caso del estado-nación, la expansión y consolidación de sus fronteras; en el caso del pueblo, la fagocitación del inmigrante por el gaucho. Ambos procesos, por su parte, requieren necesariamente del sacrificio fundacional del indio reacio al mestizaje, es decir, a la asimilación y a la occidentalización. Este sacrificio tampoco es criticado por Jauretche ni en la conquista del oeste por parte de los

³ Para este concepto, cfr. Fabian 1983.

⁴ Cfr. Mignolo 2010.

yankis, ni en la expansión sobre el Amazonas llevada a cabo por los brasileños, sino aprobado como funcional al engrandecimiento nacional correspondiente.

Algunas conclusiones

El paradigma de la pedagogía nacional manifiesta entonces una limitación ética considerable; esto se debe principalmente a que se sostiene sobre la concepción eurocéntrica de que una nación debe estar compuesta por *un* pueblo y *una* cultura relativamente homogéneos. Si temporalizamos esta idea de acuerdo con el desarrollismo jauretcheano, dado que una cultura es “el producto de la vida en determinado medio geográfico e histórico”, parecería que para cada medio geográfico o etapa del desarrollo histórico de una nación, existiría un solo tipo de pueblo y cultura adecuados (para la ganadería el gaucho, para la agricultura el peón, para la industria el obrero); todas aquellas poblaciones que no se adapten culturalmente de manera correcta a ese medio, o a los cambios sufridos por éste, resultarán inútiles para el desarrollo del país. El paradigma nacional tampoco parece escapar totalmente al eurocentrismo desde el momento en que, proponiéndose como una alternativa a la dicotomía eurocéntrica entre civilización y barbarie (a la cual efectivamente refuta y supera en muchos de sus campos de aplicación), repite otras dicotomías similares con que los europeos han clasificado a las poblaciones no-europeas a lo largo de la historia de la modernidad, antes y después de Sarmiento, tales como “modernos y primitivos” o “desarrollados y subdesarrollados”. Jauretche no advierte que su propuesta desarrollista occidentalizadora corre el peligro de terminar formando parte de un proyecto de más vasto alcance, desarrollado por Europa desde la conquista de América: el de occidentalizar a las poblaciones no-europeas, inferiorizándolas y haciéndolas culpables de esa supuesta inferioridad, recurriendo a distintos nombres según la época - “infieles”, “primitivos”, “bárbaros”, “subdesarrollados”, “comunistas” y “terroristas” – pero siempre con el mismo fin: la conquista, proponiéndoles la falsa opción entre asimilación y exterminio.

Hemos visto que Jauretche se rebela contra una de las manifestaciones de este proyecto, denunciando el intento de exterminio del gaucho y revelando la falacia de sostener la superioridad de la cultura europea por sobre la cultura americana; sin embargo, su rechazo a una occidentalización imperialista y foránea, en beneficio de unos pocos argentinos, y su apoyo a una occidentalización de signo nacional, en beneficio de las grandes masas, continúa, a pesar de sus propósitos inclusivos, siendo expulsiva de ciertas bioculturas. Los “indios”, al igual que los gauchos en su momento, han resistido los intentos de exterminio y, en tanto población habitante del suelo argentino, poseen el derecho a participar igualmente en el diseño de los proyectos de construcción y liberación nacional, aún si esa participación implica la completa revisión de lo que se entiende por estado, nación, pueblo y cultura, tanto para el presente como para el futuro.

Bibliografía:

Cangiano, G. (2003). *El pensamiento vivo de Arturo Jauretche*. Buenos Aires: Ediciones de la Izquierda Nacional.

Dussel, E. (1992). *1492. El encubrimiento del otro*. Quito: Abya-Yala.

Fabian, J. (1983). *Time and the Other. How Anthropology makes its Object*. Nueva York: Columbia University Press .

Jauretche, A. (1976). *Forja y la década infame*. Buenos Aires: Peña Lillo.

----- (2002a). *De memoria. Pantalones cortos*. Buenos Aires: Corregidor.

----- (2002b). *Manual de zonceras argentinas*. Buenos Aires: Corregidor.

----- (2009). *El paso de los libres*. Buenos Aires: Corregidor.

----- (2010a). *Ejército y política*. Buenos Aires: Corregidor.

----- (2010b). *Política y economía*. Buenos Aires: Corregidor.

Margulis, M. y Urresti, M. (Eds.). (1998). *La segregación negada. Cultura y discriminación social*. Buenos Aires: Biblos.

Mignolo, W. (2010). *Desobediencia epistémica*. Buenos Aires: Del Signo.

----- (2003). *Historias Locales /Diseños globales*. Madrid: Akal.

Quijano, A. (2007). Colonialidad del poder y clasificación social. En Castro-Gómez, S. y Grosfoguel, R. (Eds.), *El Giro Decolonial*. Bogotá: Siglo del Hombre.

----- (2005). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En Lander, E. (Ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Buenos Aires: CLACSO.